

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO EN TODA GRAN CUESTIÓN POLÍTICA VA ENVUELTA
SIEMPRE UNA GRAN CUESTIÓN TEOLÓGICA

M. Proudhon ha escrito, en sus *Confesiones de un revolucionario*, estas notables palabras: "Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropeza-
mos siempre con la teología." Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de M. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas ¹.

¹ Enseña la fe, y la razón lo demuestra, que Dios contiene todas las cosas, que está en todo, y todo está en Él. Los enemigos de la Iglesia, ya herejes, ya incrédulos, han desconocido siempre, desfigurado ó negado formalmente esta verdad; y hoy mismo se ven aparecer con nuevas formas antiguos errores.

Así como los maniqueos negaban que Dios tiene poder sobre las cosas visibles y corporales dependientes, según ellos, del principio del mal; así quieren los modernos sofistas emancipar de Dios la razón humana y el *libre-pensamiento*, atribuyéndole una soberanía é independencia que les niega la Iglesia de Dios al enseñar que en el hombre, como en todas las demás criaturas, está el Señor *por potencia*, es decir, que todas ellas y el hombre mismo están sujetas al divino poder.

Sin negar formalmente la soberanía de Dios sobre las criaturas, conténtase el común de los libre pensadores con afirmar, como los impíos, cuyas palabras se conservan en el Libro de Job, XXII, 14, "que Dios se pasea por el cielo y no se cuida de nosotros." Contra éstos enseña la Iglesia que está Dios *por presencia* en el hombre y en los demás seres, por cuanto nada hay oculto á sus divinos ojos. A todas partes se extiende la providencia divina, que gobierna las cosas, no sólo en general, sino á cada

Todas ellas estuvieron antes de que fueran, y están después de creadas, en el entendimiento divino; porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en Él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares. En Él están juntamente la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas; y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los seres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive, encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetación; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede

una particularmente, de modo que no hay acción, ni palabra, ni pensamiento humano que á sus miradas se oculte, y de que el hombre no tenga que responder el día en que será juzgado.

Habían inventado antiguos herejes un sistema, según el cual Dios, después de crear cierto número de seres privilegiados, les había confiado la misión de crear á los demás. Renovado este error, bien que con forma menos grosera, pretenden ciertos filósofos modernos que, una vez creados, no necesitan los seres de la divina conservación para continuar existiendo. Dicen que Dios los crió, pero que no los conserva, sin conocer el absurdo de que una cosa exista sin la acción de la causa que la produjo. Contra ellos enseña la Iglesia que Dios está en todas las cosas *por esencia*, es decir, dando y conservando el ser á todas las criaturas, y por consiguiente al hombre.

La causa está en el efecto cuando lo produce, y el agente está en su acción mientras ésta dura. Dios es por su esencia el Ser mismo; es, pues, la causa de todos los seres: ser en todo lo que es, es por consiguiente propio de la acción de Dios; así como quemar es el efecto propio del fuego en todo cuanto se quema; mientras una cosa arde, allí está el fuego; así también mientras una cosa es, en ella está Dios, pues la criatura no puede recibir el ser sino por efecto de la causa que se lo da, esto es, de Dios.

La fórmula católica: *Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia*, excluye, además de los errores que acabamos de exponer, todos los sistemas panteístas. La *potencia* implica distinción entre Dios, dueño soberano, y los seres á Él sometidos; igualmente la *presencia*, pues si estamos bajo la mano de Dios y presentes ante sus ojos, claro es que no somos Dios. Estando, por último, Dios en nosotros *por esencia* dándonos el ser, Él no es, en verdad, el ser ó la substancia que nos está dando, ó sea la creación; y así como la obra no es el artista, así entre la substancia creadora y la creada hay distinción verdadera.

afirmarse, sin caer en el panteísmo, que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas¹.

Esto sirve para explicar por qué causa, al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios ve ennegrecerse de súbito, con aterradora obscuridad, todos sus horizontes. Por esta razón, la Religión ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas: *Omnis humanae societatis fundamentum convellit qui religionem convellit*, dice Platón en el libro X de sus leyes. Según Jenofonte (sobre Sócrates): "Las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias." Plutarco afirma (contra Colotés) "que es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses." Rousseau, en el *Contrato social*, libro IV, capítulo VIII, observa "que jamás se fundó Estado ninguno sin que la Religión le sirviese de fundamento." Voltaire dice (*Tratado de la tolerancia*, capítulo XX) "que allí donde hay una sociedad, la Religión es de todo punto necesaria." Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los

¹ La verdad que recuerda aquí Donoso es la que Santo Tomás expone en los siguientes términos:

"El ejemplar (el modelo, tipo ó prototipo) es lo mismo que la idea." "Pero las ideas son—según San Agustín—las formas primeras ó razones estables de las cosas; formas que no han sido creadas, sino que permanecen inmutables en la divina inteligencia." Dios es, pues, la primera causa ejemplar de todas las cosas. Esto se ve con evidencia considerando que para ejecutar cualquier obra es menester copiar un modelo, ya sea éste un objeto real, ya sea únicamente el mero concepto formado por el artista. Es así que nada se hace en la naturaleza sino bajo determinadas formas, cuya determinación necesariamente tiene por causa la divina sabiduría que ha concebido el orden del mundo, orden fundado precisamente en esta determinación por la cual las cosas se distinguen unas de otras: luego no podemos hallar las razones ó tipos de las cosas que llamamos *ideas* fuera de la sabiduría divina. Luego habremos de decir que existen en el divino entendimiento. Multiplíquense estas formas en los objetos que ellas revisten; pero ellas no son en realidad sino la esencia misma de Dios, que comunica diversamente su semejanza á los diversos seres. Así las criaturas que no pueden gozar el privilegio de ser semejantes á Dios en naturaleza, como lo es, por ejemplo, un hombre á otro, son semejanza suya en cuanto cada una de ellas reproduce una razón ó forma ejemplar que está en Él; así, como por ejemplo, una casa material reproduce el ideal del arquitecto que la edifica. (I, q. XXXIV, 3.)

dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía más necesario que en los otros en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el más grande, cabalmente porque fué el más religioso. Como César hubiera pronunciado un día en pleno Senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Catón y Cicerón se levantaron de sus sillas, para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una palabra funesta á la República. Cuéntase de Fabricio, capitán romano, que como oyese al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables:—Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra con la República.

La disminución de la fe, que produce la disminución de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminución, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no les niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, menos luminoso que inflamado, en la prolongación de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y veréis que sus resplandores son incendios, y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diría que su iluminación procede de la explosión súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, más bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilatada suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fe, les niega Dios ó les quita la verdad; ni les da ni les quita la intelligen-

cia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde: la primera empero no es grande sino á la manera del abismo; mientras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo: en la primera habita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razón, para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.

Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los Gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que El afirma de sí y cree lo mismo que oye. La Teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue que toda afirmación relativa á la sociedad ó al Gobierno supone una afirmación relativa á Dios, ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

Si todo se explica en Dios y por Dios, y la Teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la Teología es la ciencia de todo ¹. Si lo es, no hay nada fuera de

¹ Santo Tomás en la *Summa* (I, q. 1.) hace resaltar admirablemente esta preeminencia de la Teología. He aquí en substancia la doctrina del Doctor Angélico:

Varias ciencias pueden estar juntamente subordinadas á una superior que abraza las diversas materias que son objeto de las inferiores, reduciendo á unidad los varios objetos parciales y considerándolos de un modo más general y desde un punto de vista más elevado. Así como la física, por ejemplo, abraza los objetos de la mecánica, acústica, etc., así la Teología abraza los de todas las ciencias, pues todos ellos están subordinados al que lo es de ésta, ó sea de Dios, primer principio y fin último de todas las cosas.

Propio de la sabiduría es gobernar los conocimientos y juzgar rectamente de las cosas. Pero el orden consiste en la subordinación de lo inferior á lo superior, y no se puede juzgar bien de las cosas primeras si bien no se conocen antes las segundas, y por esto, en cualquier orden de ciencias ó artes, aquel es reputado por más sabio ó más artista que posee la ciencia ó arte más elevada entre las de su género; así en el arte de construir no se da el nombre de arquitecto á los que llevan ó colocan los materiales, etc. Entendido esto, fácil es conocer que las demás ciencias son á la Teología lo que á la arquitectura son las artes de carpintero y albañil: preparan los materiales para que ella construya el edificio. Y no siendo este edificio más que el plan divino

esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano ¹. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmación, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia ignora que habla implícitamente de Teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La Teología, pues, considerada en su acepción más general, es el asunto perpetuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpetuo de las especulaciones humanas. Toda palabra que sale de los labios del hombre es una afirmación de la divinidad, hasta aquella que la maldice ó que la niega. El que revolviéndose contra Dios exclama frenético diciendo:—Te aborrezco, tú no existes—expone un sistema completo de Teología, de la misma manera que el que levanta á Él el corazón contrito y le dice:—Señor, hieres á tu siervo que te adora.—El primero arroja á su rostro una blasfemia; el segundo pone á sus pies una oración; ambos empero le afirman, aunque cada cual á su manera, porque ambos pronuncian su Nombre incomunicable.

del mundo, nada hay en él que no tenga lugar en este estudio. Por otra parte, una ciencia que no abraza este plan todo entero, es una ciencia parcial que no toma en cuenta la razón última de las cosas; no menos evidente es que únicamente la Teología tiene el secreto de este plan divino, pues enseña, no solamente lo que de Dios y del mundo se puede saber con las luces naturales, sino también lo que se puede saber tan sólo por la revelación. La Teología es, pues, la que nos comunica el verdadero conocimiento de la primera causa de cuanto es y del fin último á que todo está ordenado, conocimiento sin el cual no hay verdadera ciencia, pues sin la Teología todo quedaría sin explicación y sería del todo inexplicable.

¹ No tome, sin embargo, el lector á la letra la palabra *arbitrarias*, pues Donoso no pudo usarla ni la usó según su propio y riguroso sentido. Tampoco se debe entender literalmente lo demás que añade el ilustre publicista comentando sus propias palabras. — (Nota de esta edición.)

En la manera de pronunciar ese Nombre está la solución de los más temerosos enigmas; la vocación de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la historia, los levantamientos y las caídas de los Imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones, y hasta su varia fortuna.

Allí donde Dios es la infinita substancia ¹, el hombre, entregado á una contemplación silenciosa, da la muerte á sus sentidos, y pasa la vida como un sueño, acariciado por brisas olorosas y enervantes. El adorador de la infinita substancia está condenado á una esclavitud perpetua y á una indolencia infinita: el desierto tendrá para él algo de divino sobre la ciudad, porque es más silencioso, más solitario y más grande; y sin embargo no le adorará como á su dios, porque el desierto no es infinito: el Océano sería su única divinidad, porque lo abar-

¹ Aquí el autor habla del panteísmo oriental. El que quiera tener una idea de este absurdo sistema religioso, que niega la substancia de las cosas creadas, y según el cual todo, exceptuando la substancia infinita, no es más que mera apariencia ó ilusión, lea la obra de Maret, titulada *Ensayo sobre el panteísmo en las sociedades modernas*, especialmente en el cap. IV, en que trata del *Panteísmo filosófico Filosofía vedanta*; y por lo que respecta á los efectos históricos de este sistema, vea el cap. V, núm 3, en que se habla del yoguismo de las Indias, una de las aplicaciones más exageradas del error religioso dominante en aquellas regiones. He aquí un rasgo tan triste como curioso, que por vía de muestra extractamos de la citada obra: "El Yogui—dice—es un solitario que, con la mira de alcanzar la unión más perfecta con el Ser infinito, se segrega de la sociedad humana, abandona todos los cuidados de la vida, se despoja de toda actividad, de todo pensamiento concreto, y se absorbe enteramente en la muda contemplación del *yo infinito*. Las selvas, los yermos de la India y las cercanías de los lugares sagrados están poblados por centenares de hombres tan maravillosos, que suelen estar á veces años enteros clavados en tierra en una sola postura, sin mover pie ni mano. El poeta Kalidas nos describe en el poema de la Sacontala á uno de estos célebres fanáticos: léese allí que preguntado el conductor del carro de Indra por el Rey Dushmanta dónde se encuentra el retiro del solitario á quien va buscando, le responde aquél:—Penetra en ese bosque sagrado, y hallarás á un piadoso Yogui con espesa y crespa cabellera, que está inmóvil, con los ojos fijos en el disco del sol: míralo, y verás su cuerpo medio cubierto por la arcilla que en él van dejando las ramas que brotan á su alrededor: una piel de serpiente, que le rodea la cintura, le sirve de cinturón sacerdotal: enlázanse á su cuello plantas nudosas, de follaje espeso, y en sus hombros y cabeza han hecho nido las aves." Según Schegel, esta descripción no debe tomarse por una hipérbole de poeta, ó por un capricho imaginario, "pues son muchos—dice—los testigos oculares que deponen de su exactitud y que la narran en términos muy semejantes." En esta condición del ser completamente absorto y en este estado de aberración mental hace consistir el panteísmo indico el ideal de la perfección humana.

ca todo, si no tuviera extrañas turbulencias y ruidos extraños: el sol, que todo lo alumbra, sería digno de su culto, si no abrazara con su vista su disco resplandeciente: el cielo sería su señor, si no hubiera lumbreras; y la noche, si no tuviera rumores: su dios es todas estas cosas juntas: inmensidad, obscuridad, inmovilidad, silencio. Allí se levantarán á lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetación poderosa, imperios colosales y bárbaros, que caerán con estrépito en un día, abrumados por la inmensa pesadumbre de otros más gigantescos y colosales, sin dejar rastro en la memoria de los hombres, ni de su caída ni de su levantamiento: los ejércitos estarán sin disciplina, como los individuos sin inteligencia: el ejército será, ante todas cosas y principalmente, muchedumbre: la guerra tendrá menos por objeto averiguar cuál es la nación más heroica, que cuál es el imperio más populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siéndolo de la fuerza. Como se ve, la teología y la historia indostánica son una cosa misma.

Volviendo los ojos al Occidente, se ve, como tendida á sus puertas, una región que da entrada á un nuevo mundo, en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí, y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil: la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y rebosaba por todos los espacios: la gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterna paz reposa en el dios del Oriente: todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusión y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que la unidad religiosa: aquí es un imperio cada ciudad, mientras que allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un Rey: á una república de dioses, otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado

y confuso: los hombres tendrán un no sé qué de heroico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano: los dioses darán á los hombres la comprensión de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios: habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo, la vida no será bella á sus ojos, sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda, sino en cuanto le siga el olvido: sensual hasta en la medula de sus huesos, no verá en la vida sino los placeres; y tendrá la muerte por dichosa, si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante: falta de respeto á la divinidad, carecerá de gravedad en sus designios, de fijeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una región llena de sombras, ó como un mundo poblado de estatuas: el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efímera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duración, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega, y la historia griega y el temperamento griego son una misma cosa.

Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenían de dioses, eran griegos; por lo que tenían de etruscos, eran orientales; por lo que tenían de griegos, eran muchos; por lo que tenían de orientales, eran austeros y sombríos. En política, como en religión, Roma es á un mismo tiempo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo, y un Imperio como el de Ciro. Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos caras dos semblantes; el uno es el símbolo de la duración oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega á los confines del mun-